

DOS BOXEADORES

El gimnasio estaba en las afueras, ubicado entre viejos edificios de color gris.

Me alegro de que hayas vuelto, dijo Nando desde la puerta de vestuarios.

Yo también, aseguró Lucas, lo necesitaba.

Tómalo con calma. Ya no eres ningún jovencito.

Tú tampoco, dijo Lucas sonriéndole mientras seguía cambiándose de ropa. No te preocupes, solo quiero pasar el rato.

Unos minutos después, el vestuario se llenó del bullicio habitual previo a una sesión de entrenamiento. No era el más viejo de los boxeadores, pero la mayoría eran chicos jóvenes, de entre 17 y 20 años, que parecían despreocupados y alegres.

Cuando volvió a casa, eran más de las diez de la noche y caía una lluvia ligera. Las calles se encontraban vacías y Lucas se sentía bien. Volver a boxear había sido, sin duda, una decisión acertada después del divorcio y del embargo de la casa.

*

La nevada había sido abundante. Era raro que nevase en un lugar tan bajo como el valle, y la gente salió de sus casas para contemplar la nieve, jugar y hacer fotografías. Al girar en una esquina, se cruzó con un grupo de jóvenes. La mayoría estaban borrachos y se revolcaban por la nieve, igual que si se encontrasen en una playa. Los conductores, al cruzarse con ellos, hacían sonar el claxon e incluso algunos sacaban sus bufandas por la ventanilla, como si estuvieran en la celebración de algún campeonato

deportivo. Uno de los muchachos se distanció del grupo e hizo una bola de nieve que trató de arrojar sobre los demás. Su evidente estado de embriaguez provocó que el tiro saliese desviado e impactase en el hombro derecho de Lucas. Todos se pusieron a reír. Lucas esperaba una pequeña disculpa, pero las risas se sucedían cada vez más altas. Entonces creyó reconocer a uno de los chicos que entrenaba con él en el gimnasio.

Iba rodeado por dos chicas guapas con cierto parecido entre sí, su rostro estaba enrojecido por el alcohol y vestía de una forma distinta a cómo solía verlo en el gimnasio, después de los entrenamientos. El chico no pareció reconocerlo.

Tened un poco más de cuidado, dijo mirando al grupo.

Las risas volvieron a irrumpir en un estallido ridículo y salvaje.

Vámonos, dijo uno de los chicos, es solo un viejo y no sabe divertirse. Los viejos nunca saben divertirse.

Sí, contestó una chica. La gente mayor es una aguafiestas.

El grupo se perdió hacia las calles de la derecha, donde estaban los bares, y lentamente las risas se difuminaron entre los cláxones de los coches.

*

El lunes siguiente, mientras se cambiaban de ropa en el vestuario, Lucas miró al chico dos o tres veces. No había nada en su actitud que indicase que se acordase del incidente del sábado.

No te aprietes tanto la venda, puede hacerte daño. Lucas se había dirigido hacia el espejo del fondo, y se había cruzado con el chico que estaba concentrado en colocarse la venda en la mano derecha.

¡Oh, gracias! Siempre me ocurre igual, me las aprieto tanto que acaban por cortarme la circulación.

Es mejor que la sangre fluya. ¿Cuánto llevas boxeando?, preguntó Lucas mostrando una aparente indiferencia mientras se miraba en el espejo.

Dos años. ¿Y tú?

He vuelto a boxear hace poco. Llevaba mucho tiempo sin ponerme los guantes.

La mayoría de los boxeadores habían terminado de cambiarse y se encontraban en los alrededores del ring, empezando su calentamiento.

El chico dio la espalda a Lucas y se concentró en colocarse la venda. Después cogió sus guantes y entró en la sala. Había poca gente entrenando. Era lunes por la tarde. Los lunes siempre resultaban días flojos y la mayoría de los chicos jóvenes esperaban la jornada siguiente para acudir al gimnasio. Además, corría el rumor de que Nando era todavía más duro con ellos ese día, convencido de que debía hacerles sudar en abundancia para eliminar el alcohol del fin de semana.

A mitad de sesión, Nando ordenó una ronda rápida de combates, y emparejó a los boxeadores. Normalmente, nunca solía juntar a dos púgiles de distintas edades y estaturas, pero antes de que quisiera darse cuenta Lucas se había situado al lado del chico y comenzaban a moverse uno enfrente del otro, como al inicio de una pelea oficial. Nando se acercó hasta Lucas y le susurró al oído: Tranquilo, es solo un chico. Lo sé, contestó Lucas.

Durante los primeros instantes apenas hubo contacto. El chico era muy rápido y tenía un juego de piernas excepcional, que le mantenía alejado de los directos y el crochet de Lucas. En el tercer asalto Lucas se empleó a fondo para cortar las salidas habituales del chico por ambos flancos

y enzarzarse, de ese modo, en un cuerpo a cuerpo. El intercambio de golpes fue intenso y el chico se llevó la peor parte. Dos ganchos de izquierda al estómago parecían haber mermado su velocidad y sus reflejos.

Nando estaba moviéndose sobre la lona, tratando de seguir los avances de cada una de las parejas. Cuando se detuvo al lado de Lucas y el chico, hizo un gesto negativo con la cabeza.

El chico no se quejó del castigo, sino que esbozó una ligera sonrisa que a Lucas le recordó la expresión que había adoptado el sábado por la noche cuando el incidente de la bola de nieve. Entonces Lucas se lanzó al ataque, encadenando buenos movimientos con la izquierda, seguido de dos ganchos a la cabeza, y tres directos. El chico estaba completamente desbordado y Nando tuvo que intervenir.

¿Te has vuelto loco?, dijo Nando. Solo estáis cruzando guantes. ¡Por el amor de dios, Lucas! ¡Es un muchacho!

Lo sé. No ha pasado nada.

Nando y Lucas se miraron durante unos segundos. El chico estaba unos metros detrás, tratando de recuperar el aire.

Será mejor que lo dejes por hoy, le dijo Nando a Lucas.

Como quieras.

Lucas se cambió solo en el vestuario, y después salió a la calle. Hacía frío, y los comercios estaban echando el cierre.

*

Durante el resto de la semana, Lucas y el chico apenas intercambiaron unas palabras. Tampoco Nando hizo ninguna mención al incidente del lunes. En realidad, el chico parecía haber olvidado la pelea y su actitud era la habitual. Se mostraba alegre y jovial con sus amigos y distanciado

de los boxeadores más veteranos. Los jóvenes solo parecían buscar la compañía de sus semejantes como si el resto tuviese la peste.

La pelea del otro día no estuvo bien. No sé qué querías demostrar con ella, pero no estuvo bien.

Era Nando. Había salido de la sala grande, después de apagar las luces, y ahora estaba en la puerta del vestuario. Se encontraban solos. Lucas se había duchado y se secaba con una toalla.

Lo sé. Me disculparé con el chico.

Al día siguiente, el chico no acudió al gimnasio y Lucas se sintió decepcionado.

El sábado por la noche, después de las once, comenzó a llover. Durante unos instantes, pareció que la lluvia se fuese a convertir en nieve, pero finalmente solo continuó lloviendo. Cuando Lucas salió de un bar, la lluvia caía con mayor fuerza, y comenzó a correr, protegido por un papel de periódico que había encontrado en un portal. Entonces vio a un grupo de jóvenes que se acercaba hasta él desde el otro extremo de la calle y en el que reconoció al muchacho. Era obvio que todos habían bebido en exceso y que acudían a alguna fiesta. Bromeaban y gritaban en voz alta.

Una de las chicas resbaló y cayó al suelo mientras el resto del grupo se reía frenéticamente sin ayudarla a incorporarse. Lucas y el chico se miraron durante unos segundos, pero ninguno de los dos dijo nada. Se limitaron a seguir su paso. Mientras se alejaba, Lucas escuchó el ruido de sus risas bajo la lluvia.

SOLO PUEDO LLORAR CUANDO ESTOY SOLO

Era la primera vez que mi padre me permitía acompañarles y estaba nervioso. Como todos los años, al llegar el otoño mi padre y mi hermano subían hasta las montañas para cortar leña. Nos encontrábamos en el mes de octubre y los días eran fríos y secos. La noche anterior a la excursión mi padre entró en el cuarto, y me anunció que mi hermano estaba enfermo.

—Tal vez sea mejor retrasarlo para otro momento.

—Yo puedo acompañarte, papá —asegué.

Mi padre había permanecido en el umbral de la puerta, mirándome. Después de unos segundos, entró en el cuarto y se sentó a mi lado, en la cama, donde yo me encontraba tumbado.

—¿Estudias? —preguntó.

—Solo miro mapas.

—¿De dónde?

—De todo el mundo.

—Eres un buen chico —dijo—. Entonces, ¿crees que podrás ayudarme?

—Sí, papá, ya soy mayor, puedo hacerlo.

—Lo sé. Simplemente no quería obligarte a hacer nada. ¿Lo entiendes, verdad?

—Sí, lo entiendo.

—Tu hermano y yo lo hacemos, pero tú no tienes por qué hacerlo tan pronto.

—Puedo ayudarte.

—Está bien. No lo pensemos más. Saldremos a las siete. Ahora estudia...

Mi padre se quedó mirando los distintos mapas que yo tenía distribuidos encima de la cama y sonrió.

Cuando mi padre me llamó, yo estaba profundamente dormido. Era muy temprano y hacía frío en el cuarto. Al principio permanecí tumbado bajo las mantas, escuchando la respiración entrecortada de mi hermano, que parecía haber empeorado por culpa de la fiebre. Después de unos instantes conseguí levantarme y caminé descalzo hacia el cuarto de baño. El suelo era de baldosas y estaba frío. Finalmente, me vestí en la oscuridad del comedor. Mi padre se encontraba en la cocina preparando café.

—Buenos días —dije al entrar.

—Buenos días —respondió—. Cierra la puerta. ¿Quieres un poco de café?

—¿Puedo?

—Solo un poco.

Mi padre me sirvió el café directamente de la cazuela hirviendo y me sentí mayor. Era la primera vez que mi padre me permitía acompañarle en la ascensión a las montañas y que me ofrecía café. Pensé que a partir de esa misma mañana sería mayor para siempre. Más tarde pensé, mientras desayunábamos en silencio, qué ocurriría si por alguna razón quisiera volver a ser el muchacho que había sido hasta entonces, y comprendí que nunca se regresaba, que era imposible regresar a ningún sitio, a nada y a nadie. No me sentí triste por ese descubrimiento, y seguí desayunando.

Al salir a la calle hacía frío. Las calles se encontraban completamente vacías, como si fuese un día de fiesta y la gente estuviera durmiendo hasta tarde. Respiré el aire de la mañana y el denso olor de la resina que, a veces, caía sobre el valle, como a ráfagas, desde las montañas.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunté mientras caminábamos hacia el garaje.

—Abre las dos puertas metálicas y coloca las mochilas de forma horizontal para que no se derrame nada cuando

la carretera se empine. Luego comprueba que están todas las herramientas y cierra las puertas.

Al terminar las tareas que me había asignado entré en el coche y finalmente salimos. Todavía estaba amaneciendo y había una ligera neblina en la parte más baja del valle. Vimos las primeras chimeneas encendiéndose en las casas cercanas y a dos hombres que caminaban hacia los campos, cargando sus herramientas sobre los hombros.

—¿Podemos escuchar música? —pregunté.

—Sí —respondió él—. Es bonito escuchar música a estas horas del día, aunque normalmente escuchamos las noticias.

—Podemos escuchar las noticias, si prefieres.

—No —respondió él—, hoy prefiero escuchar música.

—Yo también.

Mi padre sonrió y me indicó que le sirviese un vaso. Desenrosqué la tapa del termo y vertí tres dedos de café; después, mi padre sorbió lentamente y se quedó en silencio contemplando las últimas calles del pueblo. Giramos hacia la derecha por una amplia pista forestal y entonces comenzó una pendiente larga y pronunciada. Por fin, amaneció.

Mi padre condujo en silencio. La carretera ascendía poco a poco y describía curvas cerradas que se engarzaban con una pendiente mayor. En ambos lados de la carretera crecían altos helechos y pinos. Apenas podíamos distinguir las casas del pueblo, abajo, en la llanura.

Dos o tres kilómetros después, la pista se hizo cada vez más pequeña hasta que mi padre detuvo el coche en un saliente y nos apeamos. Debíamos seguir caminando en dirección a la zona controlada de talas donde comenzaría nuestro trabajo. La luz de la mañana penetraba en el

bosque y oíamos las agujas de los pinos bajo nuestras pisadas. El olor de la resina era denso y envolvente.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó mi padre.

—Me encuentro bien, papá, no tienes que preocuparte por mí.

—No me preocupo —aseguró.

—No es verdad; sé que mamá y tú habéis estado muy preocupados por mí, pero ya ha pasado. Ya no estoy enfermo.

—¿Nos oíste hablar alguna vez?

—Sí, algunas noches. Las paredes son muy finas. Lo siento.

—No te disculpes —dijo volviendo a reanudar el paso—. Tienes razón, hemos estado muy preocupados por ti durante el año pasado, pero ya no hay de qué preocuparse.

—No, ya no hay de qué preocuparse —repetí—. ¿Tendré que volver a la ciudad?

—Sí, todavía tienen que hacerte algunas pruebas más.

—Ninguna de esas pruebas me dolió, papá.

—Lo sé.

—Y no me he quejado durante todo el invierno.

—Eres un chico valiente.

—No, no lo soy —dije—, uno no es valiente solo por no quejarse.

—Tienes razón.

Unos metros más adelante, la pendiente era escarpada, y el sendero que habíamos seguido hasta ese momento se perdía a menudo, aunque mi padre siempre acababa encontrándolo. Cuando salimos a un claro pude ver las cumbres de las montañas y a un grupo de hombres que se dirigían en fila hacia ellas. Mi padre se detuvo y me dio una botella de agua.

—¿Van a subir a las cimas? —pregunté después de beber.

—Sí.

—Debe ser bonito ver el valle desde allí.

—Lo es. Subirás algún día.

—Quizás este verano Luis me deje ir con él y con sus amigos.

—Veremos... Ahora tenemos que desviarnos hacia las laderas, más al sur.

—De acuerdo.

—Puedes contemplarlas un minuto más.

Nos quedamos mirando la crestería de cimas que se extendía hacia el norte, y las peladas laderas que caían abruptamente hacia la zona boscosa. La pequeña fila de montañeros que continuaba su ascensión era solo una mancha grisácea que se iba perdiendo con lentitud.

—Es un lugar precioso —dije.

—Sí, lo es —asintió él.

—No entiendo por qué la gente se quiere marchar del valle.

—La mayoría de la gente busca trabajo en otro lugar... Los lugares hermosos también pueden ser difíciles.

—Yo nunca me iré de aquí —aseguré.

—Quizás algún día también tú cambies de opinión, hijo.

—No, no lo haré.

—¿Y tus mapas?

—Eso es distinto, papá.

—Entiendo.

—Yo nunca me iré de aquí... —repetí mirando a mi alrededor.

—Está bien. Ahora mira las montañas por última vez y vámonos.

Contemplamos las montañas durante unos segundos y tomamos el desvío hacia el sur por un pequeño sendero. Mi padre caminaba lentamente, pero dando grandes

zancadas que me hacían rezagarme por momentos. Al girar a la derecha, después de dejar un pequeño promontorio, se detuvo de improviso. En un principio no vi nada. Pensé que se había parado para decidir la dirección que debíamos tomar. Luego alcé mis ojos y vi el cuerpo del ahorcado pendiendo de una soga gruesa y vieja, y balanceándose tibiamente a causa de la ligera brisa que soplabla desde las montañas. Su rostro, alargado, mostraba un aspecto amarillento y morado a la vez.

—No mires más —dijo mi padre—. Date la vuelta.

—Estoy bien.

—Ahora sí, pero más tarde te puede hacer daño... Debemos regresar.

—¿Cuánto crees que lleva ahí?

—Dos días, quizás más. Tenemos que avisar. Volvamos.

Mi padre me dijo que se trataba de Rogelio, un viejo de unos 75 años que había combatido en la guerra civil. Yo no me acordaba de haberle visto antes.

Seguí mirando el rostro de Rogelio durante unos segundos. Después me fijé en sus manos, rígidas y venosas, como si todavía estuviesen agarrando algo con todas sus fuerzas.

—Vamos, hijo.

Mi padre se dispuso a caminar y yo le seguí. Cuando estuvimos lejos, en el claro donde se divisaban las montañas, nos detuvimos.

—¿Estás bien?

—Sí, papá, estoy bien.

—De acuerdo; podrías reaccionar de otra manera y no pasaría nada.

—Lo sé, papá, pero casi nunca lloro —expliqué—, solo puedo llorar cuando estoy solo.

—A mí me ocurre igual. Ahora volvamos.

Descendimos rápidamente hacia el coche, sin detenernos una sola vez.